

«claves hermenéuticas» para entender los milagros, concretamente entre las cuatro siguientes:

— la racionalista, que consiste en buscar explicaciones naturales a los hechos que el Evangelio presenta como milagrosos;

— la mítica, «consistente en aceptar los hechos tal y como nos han sido presentados por los evangelistas viendo fundamentalmente a un Jesús taumaturgo y divino»;

— la filológica, consistente en buscar el significado y la interdependencia de los términos empleados en las diversas narraciones;

— la simbólica, a la que él se acoge, consistente «en situarse ante un hecho comprobable pero cuya relevancia reside en su significado».

En ese planteamiento, especialmente en el alcance que se da a la palabra mito, se advierte una clara influencia de Bultmann. Ciertamente, el Prof. Martorell marca las distancias y, al describir la posición que adopta —la interpretación simbólica—, subraya con claridad la facticidad de los acontecimientos a que se refiere: se trata, dice, de hechos comprobables. No obstante —aunque quizás sea una excusa lo breve y esquemático del trabajo que pueda haber impedido matizar las ideas—, hubiera sido de desear una mayor precisión en este punto, ya que el tema de los milagros sigue y seguirá siendo una cuestión decisiva, que no se sitúa en los márgenes sino en el centro de la fe cristiana: como han puesto de relieve diversos autores —y, entre ellos, con particular viveza, C. S. Lewis en su *Miracles*—, hay una íntima relación, de una parte, entre la negación de los milagros y la filosofía naturalista y, de otra, entre la verdad de los milagros y la verdad de la Encarnación. El símbolo, en suma, se apoya en la realidad y no la sustituye.

JOSÉ LUIS ILLANES MAESTRE

J. CANTINAT, *Réflexion sur la résurrection de Jésus (d'après saint Paul et saint Marc)*, Paris, Gabalda, 1978, 116 pp., 13 × 23.

En el prólogo nos explica el autor que el título del libro señala su género y sus propios límites. «Le genre est celui d'un essai, d'une tentative de réflexions suggérées par une longue investigation des textes. Les limites sont d'abord celles du seul sujet envisagé, la résurrection de Jésus, en suite celles des seuls textes examinés, ceux de saint Paul et de saint Marc» (p. 7). La razón de elegir a estos dos autores inspirados es la de que, según la opinión más común, son los escritores más antiguos del Nuevo Testamento.

Respecto a los escritos de San Pablo, la datación más corriente de sus escritos sitúa su primera carta a los Tesalonicenses hacia los años 50-51. San Marcos, por su parte, debió escribir su evangelio alrededor de los años 60. Es cierto que el Mateo aramaico fue el primer escrito acerca de la vida y doctrina de Jesús, pero no nos ha llegado sino a través del Mateo

griego que, según los datos más probables, conocía ya el evangelio de Marcos. Así pues, este evangelio, junto con los primeros escritos de Pablo, son los escritos inspirados más antiguos, y por tanto los que se redactaron con más cercanía a los hechos ocurridos sobre la Muerte y Resurrección del Señor. Al recurrir, pues, a estos dos hagiógrafos intenta Cantinat fundamentar con más solidez la fe de los creyentes de nuestros tiempos que, como los cristianos primitivos, han de vivir en un mundo paganizado y ajeno, en gran medida, a las realidades sobrenaturales.

Después del prólogo, expone el autor, a modo de cuestiones preliminares, la distinción entre la Resurrección de Cristo y cualquier otro tipo de resurrección, así como la importancia de la resurrección de Jesús. Con respecto al primer punto deja bien claro que la Resurrección del Señor es un hecho radicalmente único y peculiar, una realidad situada «à un niveau absolument inédite» (p. 10). En cuanto a la importancia de la Resurrección de Cristo, afirma que es tan grande que determina el relato de la vida y el mensaje de Jesucristo, que no nos habría sido transmitido «s'il n'y avait eu la résurrection, c'est-à-dire la légitimation divine de ses prétentions, de ses paroles et de ses actes, en même temps que la réprobation de ses juges» (p. 11). Como complemento de esta comprobación —dice a renglón seguido— se da otra razón no menos capital: existe una dependencia absoluta entre nuestra condición de cristianos y nuestra esperanza final respecto a la Resurrección de Jesús. En definitiva, «un simple crucifié, définitivement disparu, ne pouvait en effet délivrer l'humanité de ses limites naturelles et de sa déchéance (1 Co. 15,3), la doter de la vie divine (Rm. 6,8-11) et l'assurer d'une glorification finale (1 Co. 15.20)» (p. 12). Como prueba de la importancia del tema aporta un dato significativo: De 1920 a 1973 se han publicado 1.500 títulos sobre la resurrección de Cristo. «Depuis lors cette bibliographie ne cesse de s'allonger sérieusement» (p. 13).

El autor divide su obra en dos partes. En la primera se centra en S. Pablo, mientras que la segunda parte, más breve como es lógico, se refiere a San Marcos. Comienza con unas notas sobre la vida del Apóstol. Luego nos habla de la actitud de San Pablo antes de su conversión, comprensible dadas las circunstancias que le rodeaban, y coherente con su condición de fariseo ferviente. A continuación habla de cómo Saulo, una vez convertido, se constituye en testigo de la Resurrección y la interpreta desde distintos ángulos con una elaboración teológica compleja y rica en implicaciones prácticas para la vida de un creyente. Como punto final de esta primera parte se fija el autor en la posible relación que se da entre San Pablo y la fe en la Resurrección de la primitiva Iglesia.

Quizá hubiera sido necesario, o al menos conveniente, destacar cómo esa fe de la primitiva comunidad cristiana provenía de la certeza de que Cristo había resucitado realmente. Es decir, subrayar que la devoción y el amor a Jesús no lo había idealizado, y mucho menos mitificado, sino que por el contrario fue la comprensión progresiva, bajo la luz de Pentecostés, de la grandeza divina de Cristo resucitado y glorificado lo que determinó el entusiasmo y fervor de los cristianos de la primera hora.

La segunda parte dedicada como hemos dicho a San Marcos, comienza también con unas notas previas sobre la biografía del evangelista. Pasa

luego a estudiar el tema de la resurrección del Señor en el último capítulo del segundo evangelio, distinguiendo entre los ocho primeros versículos y los restantes (del v. 9 al 20). En un cuarto lugar estudia la Resurrección de Cristo en los quince primeros capítulos del evangelio de San Marcos. Afirma, ante todo, que la gloria de Jesús resucitado se transparenta en su vida terrestre. Dice también que nada de esa vida terrena contradice la gloria de su Resurrección, ni su Pasión, ni la incredulidad o la incomprensión de que fue objeto.

Como es lógico, su estudio sobre la Resurrección en San Pablo lo fundamenta en los escritos del Apóstol. Para ello deja bien claro el hecho de la autenticidad paulina de sus cartas, incluidas las pastorales, así como su correcta datación, entre los años 50 y el 63/66. Con respecto a las epístolas pastorales afirma más adelante, en nota a pie de página: «D'après S. de Lestapis (*l'Enigme des Pastorales de S. Paul*, Gabalda, 1977) Paul rédigea vers avril 58, entre Philippes et Milet, la 1re lettre à Timothée et celle à Tite, puis plus tard a 2e à Timothée, au début de la première captivité romaine (printemps 61)» (p. 37).

El autor presenta como evidente el hecho de que el Apóstol, antes de su conversión, rechazaría de plano la Resurrección de Jesucristo. Según Pablo todo aquello era una patraña que había de refutar de una vez. Para ello no encontraba mejor forma que la de exterminar a cuantos se empeñaban en confesar que Jesús había resucitado. Por eso es imposible explicar con razones naturales su cambio radical de actitud respecto a Cristo y sus discípulos. En efecto, cuantos razonamientos lógicos se han presentado como intentos verosímiles de explicación racional carecen de fundamento serio (cfr. pp. 44-48). Desde luego es inadmisibles decir que San Pablo sufrió, camino de Damasco, un trauma psíquico que lo desequilibró mentalmente. La profundidad y armonía de sus escritos desmienten tal afirmación (cfr. p. 48).

La fe en Cristo resucitado que Pablo profesa sólo se explica si se admite la intervención divina. Es una fe, por otra parte, que está presente ya en los primeros escritos paulinos. En efecto, «dès sa premier lettre en 50/51, Paul manifeste se croyance en la résurrection de Jésus et s'en fait le témoin. Il s'adresse aux *Thessaloniens* qui, récemment évangélisés par lui, ont abandonné le polythéisme pour adhérer au monothéisme. Il leur rapelle sa prédication sur Jésus. Il leur a présenté celui-ci comme le Christ (Messie) ressuscité des morts par le Dieu unique, dont il est le Fils» (p. 31). Poco después, «a quelques mois d'intervalle, dans une seconde lettre aux mêmes destinataires, Paul reedit sa foi en la résurrection de Jésus, sans cependant reprendre l'expression. Son attention se porte sur la qualité du ressuscité, Seigneur et Messie, sur son nouvel état de vie, céleste et glorieux, sur sa révélation ou parousie finale (1,7; 2,1) qui châtierá les impies persécuteurs (1, 6-9; 2,8-12) et glorifierá les chrétiens persévérants (1, 7b, 10; 2, 14)» (p. 32-33).

La misma fe en Cristo resucitado aparece en la carta a los filipenses (cfr. p. 33). Otro tanto hay que decir de las dos cartas a los corintios, en especial en la primera en el capítulo quince. En las cartas a los gálatas y a los romanos también se pronuncia en el mismo sentido. El autor analiza brevemente las cartas a los colosenses y a los efesios, así como las dos

a Timoteo y la de Tito, para mostrar como la fe de Pablo en Cristo resucitado se manifiesta cada vez con más claridad y vigor.

Con respecto a San Marcos no duda en afirmar la importancia de su doctrina en relación con el tema que nos ocupa (cfr. p. 85). El hagiógrafo nos hace notar como las santas mujeres que se dirigen al sepulcro de Jesús (Mc 16,1) son las mismas que estaban presentes en el Calvario (Mc 15,40) y las que presenciaron cómo y dónde sepultaban al Señor (Mc 15,47). Al notificar que iban a ungir el cadáver, dejaba constancia de que aquellas mujeres ni imaginaban siquiera la Resurrección (cfr. p. 84). Por otra parte, «en soulignant très fortement la frayeur religieuse des saintes femmes, d'abord a la vue du jeune homme vêtu de blanc, tel un messenger divin (16,5), puis après l'annonce de la résurrection de Jésus et la mission qui leur est communiquée (16, 6-8), Marc laisse clairement entendre que les facultés humaines ne sont pas à l'origine de la conception et de l'annonce de la résurrection, qu'il a fallu l'intervention divine pour percevoir cette valeur transcendante et songer à la communiquer» (p. 86). Además, sigue diciendo el autor, «en reproduisant les premières paroles de l'ange ('Vous cherchez Jésus Nazarénién, le crucifié, il a été ressuscité, il n'est pas ici, voici le lieu ou on l'avait mis», 16,6), Marc souligne très nettement l'identité du ressuscité avec Jésus, venu de Nazaret, mis en croix et placé dans le tombeau visité» (p. 86).

En cuanto a los últimos versículos del Evangelio de San Marcos, expone la debatida cuestión de su autenticidad. Acepta que se trata de «une piece rapportée» (p. 91). Sin embargo, afirma a continuación que su adición al texto original no puede considerarse demasiado tardía: «Elle devait être déjà réalisée au début du deuxième siècle. Nous voyons en effet saint Irénée, mort vers l'an 200, faire usage de Mar 16,9 (Adv. Haer. III, 10,6) et Tatien, mort également vers cette date, intégrer dans son Evangile, forme à partir des quatre (Diatessaron) le texte complet de Mar 16, 9-20. L'Eglise catholique, en tout cas, reconnaît la canonicité, l'inspiration de ce texte de Marc, texte que d'ailleurs est reproduit par l'immense majorité des manuscrits anciens» (p. 92).

De todas formas, y esto es lo importante para nuestro autor, «l'Evangile de Marc est entièrement écrit dans la foi en la résurrection de Jésus et pour témoigner de cette foi» (p. 94). Con ello intenta San Marcos animar y fortalecer a los cristianos de Roma en las difíciles circunstancias que han de afrontar. También ellos, como Cristo, después de la Pasión y la Muerte, alcanzarán la gloria de la Resurrección (cfr. p. 102 ss.).

Termina la obra con la aportación de una bibliografía, breve pero actualizada, sobre el tema de la Resurrección, aparecida en comentarios y estudios sobre San Pablo y San Marcos. Llama la atención la abundancia de referencias a la colección «Assemblées du Seigneur», 2a serie. Ello es debido a que las pretensiones del autor en este breve estudio son primordialmente pastorales y de alta divulgación. En su conjunto, podemos decir que logra ampliamente sus objetivos.

ANTONIO GARCÍA-MORENO